

MONTE SOLIDARIO



■ Último largo de 7b, el de más patio y el más separado de la pared

Texto y Fotos
Josu Vázquez

Todos, el que más o el que menos, tenemos algún reto en mente. Pequeños, grandes. Algunas veces solos, otros en compañía de buenos amigos, gente con experiencia o incluso sin ella. Todo suma en nuestras vidas y nos ayuda a completarlas. La mayoría de nosotros utilizamos las redes sociales para demostrar al mundo de lo que hemos sido capaces, de nuestras habilidades, de nuestros logros. Para que nuestros amigos sepan que nos apasiona lo que hacemos y, ¿por qué no?, para demostrarnos a nosotros mismos también de lo que somos capaces. Siempre seguros de lo que hacemos, sin correr apenas riesgos, sabiendo en todo momento en donde nos metemos y como terminaremos.

El pasado 20 de junio del 2014, tres personas muy diferentes nos juntamos con una bonita idea: escalar la vía "Zulú Demente" en la Visera de los Mallos de Riglos en Huesca. A priori nada reseñable o nada que otras muchas personas, escaladores y escaladoras, no hayan hecho desde que se equipó esta bonita vía en 1983 por F. Gutiérrez, F. Caballé, S. y J. Arnaudas y S. de Pedro. La Zulú Demente se encuentra en el Mallo llamado La Visera. Se caracteriza por su continuo desplome y sus más de 250 m de altura. De todo el macizo, es el situado más a la derecha. Todas sus vías

tienen una gran calidad y con una sensación de abismo y vacío como en pocos lugares podemos encontrar.

A pesar de los largos duros de escalada, la gran dificultad venía con uno de los protagonistas, en concreto con el protagonista principal: Edorta de Anta, en silla de ruedas desde hace 8 años por un terrible accidente laboral. Solo visualizando la vía y viendo a Edorta en su silla, el reto se antojaba cuanto menos complicado. Todo esto comenzó como el primer reto del Proyecto Montes Solidarios, creado con el propósito de ayudar a personas

con discapacidades físicas, psíquicas y emocionales, y con la idea de demostrar a todos las tremendas capacidades de estas personas.

A pesar de los largos duros de escalada, la gran dificultad venía con uno de los protagonistas

Todo reto tiene que tener un promotor, un loco que embauque a los que después serán los protagonistas de la aventura. Esta vez me tocó

a mí. Muchas horas pensando, dándole mil y una vuelta a cómo y con quién sería mejor hacerlo. Con qué dificultades nos enfrentaríamos, si completáramos con éxito el reto, o tendríamos que abandonar. Edorta de Anta, el protagonista principal estaba decidido y la causa y el motivo parecía que le animaba aún más a hacerlo. Nos faltaba la ayuda técnica o profesional necesaria para no tener ningún problema. Con una simple llamada y una posterior charla, “embaucamos” o se dejó embaucar el mejor, un escalador tan humilde como increíble en sus expediciones y escaladas: Adolfo Madinabeitia, conocido y admirado por todos los amantes de la escalada de grandes paredes. El equipo estaba completo: Edorta como protagonista indiscutible, Adolfo como técnico y profesional de la montaña, y yo como paquete, promotor y liante del reto.

Horas de entrenamiento en los rocódromos y en el gimnasio. Diferentes pruebas de material, para saber cual iría mejor. Muchas llamadas para conseguir más ayuda, más material, más solidaridad. Todo muy complicado. Al final nos plantamos en Riglos con lo justo. Bueno, con lo justo y con mucha, mucha motivación, ganas e ilusión por completar el reto.

El primer tramo, aunque parezca mentira, fue lo más complicado: el acercamiento a la base. Tuvimos que preparar una silla especial para Edorta y cargar con él hasta la base de la Visera. Un buen rato de caminata contando con ayuda de amigos y familiares, que nos pasaría factura a la hora de escalar.

Una primera gran dificultad superada con tesón, esfuerzo e ingenio.

■ Edorta de Anta y Yosu Vázquez.
Al fondo los Mallos de Riglos

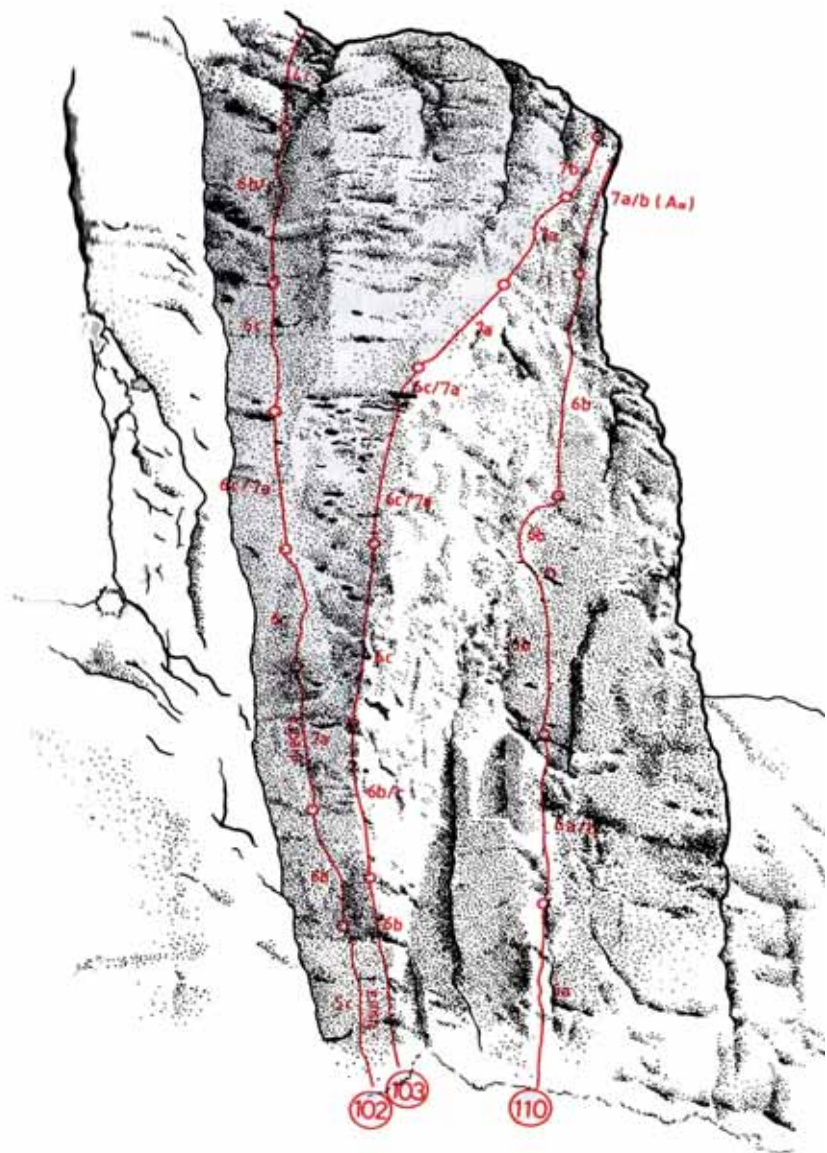


■ La visera

Para el acercamiento a la base tuvimos que preparar una silla especial para Edorta y cargar con él hasta la base de la Visera

Ya en la pared, Adolfo lideraba la cordada abriendo los largos de primero y fijando cuerdas por las que Edorta subiría jumareando, con un aparato “tuneado” para evitar las lesiones del agarre típico del jumar. Yo cerraría la cordada limpiando los largos y ayudando a Edorta en los cambios de cuerda. A medida que cogíamos altura, aumentaba la ilusión, se cansaban los brazos, pero se acercaba el final del reto. Edorta superaba sus miedos, vencía el

LA VISERA



temor al abismo según hacia las alzadas. Su cabeza en algún momento le dijo que no, que no seguía, sobre todo cuando se le soltaba de la reunión para coger la verticalidad de la cuerda y seguir jumareando. Algún momento de tensión por la incertidumbre de los problemas físicos que podría acarrearle tantas horas con el arnés, o los golpes y arañazos en las piernas sin sensibilidad para él. Nuestra gran preocupación era esa. Que llegara a la cima de la Zulú entero física y mentalmente. Lo de después sería otro cantar.

En las reuniones no había tiempo para mucho. El calor empezaba a apretar y todavía estábamos bajo la sombra del gran desplome de los últimos largos de la Visera. El cansancio empezaba a hacer mella, pero la ilusión y las



■ Edorta en la reunión más cómoda de toda la vía

ganas por completar el reto, podían con todo. Algunas veces no podemos imaginar hasta donde puede llegar la capacidad de superación del ser humano. El caso de Edorta, a pesar de conocerle bien, no dejó de sorprendernos tanto a Adolfo como a mí mismo. No vaciló en ningún momento. Se fió de nosotros en todo y confió, que posiblemente sea lo más difícil. Muchas veces he intentado ponerme en su pellejo, viéndome "incapaz" en una aventura de esta categoría. Nada más y nada menos que suspendido en una cuerda, a casi 300 m del suelo, sin saber como bajaría de allí. Aquí no solo entra en juego el esfuerzo físico, también tiene que haber una gran dosis de confianza, seguridad en los compañeros y un gran poder mental para no bloquearse en los momentos difíciles. Edorta nos dio una grandísima lección difícil de olvidar.

La escalada llevaba su ritmo y tras superar el último largo de la Zulu Demente, nos fundíamos en un abrazo, con lágrimas, sonrisas y palabras de agradecimiento mutuos, porque cada uno había cumplido con su parte del trato y del reto. Era el momento de bajar.

La bajada de La Visera no es fácil. Se hace andando por una zona en algunos momentos complicada, empinada y estrecha. Edorta lo tenía muy difícil, no imposible, porque él ya había demostrado que esta palabra no está en su vocabulario. Así que, después de pensar varias opciones y sin una cuerda lo suficientemente larga como para que rapelara toda la distancia hasta el suelo, Adolfo tomó las riendas y comenzó a darnos lecciones de cómo unir cuerdas, como asegurarlas, como descolgar a una persona etc.

Todo funcionó. En pocos minutos Edorta se encontraba de nuevo colgado en el vacío, pero esta vez en sentido contrario. Ya no subía,

■ Yosu sacando a Edorta de la reunión





■ El equipo



bajaba al encuentro de sus familiares y amigos que, atónitos y nerviosos, habían estado toda la mañana siguiendo la evolución del reto. Trabajo en equipo arriba, para sortear nudos, deslizar la cuerda sin que se trabara, y después izarla de nuevo. Mientras Edorta disfrutaba del paisaje dejándose llevar, viendo cada vez más cerca a los que abajo le esperaban y sin saber muy bien sobre qué árbol aterrizaría.

Todo salió como deseábamos. Edorta, cansado y algo magullado, llegó al suelo, fue cargado esta vez a hombros y volvió a sentarse en la silla con ruedas escondida entre zarzas y arbustos. Esa silla que tanta autonomía le da día a día, pero que aquí no había servido para nada. Durante muchas horas había cambiado la seguridad y el contacto con el suelo firme a través de los neumáticos de su silla, por el abismo, la verticalidad, el desplome, y la seguridad de unos sistemas de seguro de escalada sobre una simple cuerda, para él desconocidos. Se había demostrado a él mismo y a todos los que allí estábamos que las discapacidades van con cada persona y, sobre todo, que las discapacidades no son como las vemos habitualmente. Su cansancio, nervios y preocupaciones se habían convertido en una gran sonrisa por la satisfacción de haber completado un reto único hasta el momento.

Había cambiado la seguridad y el contacto con el suelo firme por el abismo, la verticalidad y el desplome

Nosotros seguíamos arriba, recogiendo cuerdas, mochilas, desmontando reuniones y preparando la bajada. Volvimos a fundirnos en otro abrazo al llegar al pueblo de Riglos y reunirnos de nuevo. Esta vez con ganas de hablar, de intercambiar sensaciones y de valorar el tremendo esfuerzo realizado por todos. La montaña nos abrió sus puertas. Nos dejó disfrutar de ella. Nos hizo parte de su entorno, a pesar de las dificultades. Nos hizo vernos pequeños, torpes, insignificantes al lado de tanta grandeza y belleza. Pero al mismo tiempo y con una sensación contradictoria, nos ayudó a ser más grandes, más valorados por nosotros mismos. Nos dejó bien claro que entrando en ella con humildad, sabiendo muy bien donde estás, la montaña es accesible a todo el mundo, tremenda en belleza, capaz de llenar hasta los huecos más recónditos y vacíos de nuestros corazones.

Nos alimentamos de la naturaleza y nos debemos a ella. En algunos casos es hostil y cruel como para dejar a una persona en silla de ruedas de por vida, pero al mismo tiempo nos obliga a desarrollar el sentido de superación personal que todos llevamos dentro. Gracias a esta aventura única, hemos podido cambiar una importante parte de nuestro cerebro relacionada con el poder o no poder, con el ser capaces o no serlo. Gracias Edorta, gracias Adolfo, gracias Riglos, por hacer posible este primer reto del proyecto solidario MONTES SOLIDARIOS.